

Dios tiene una parte principalísima en nuestra santificación. El primer principio, la *causa eficiente principal* y la *causa ejemplar* de la vida sobrenatural en nosotros, es la Santísima Trinidad, o, *por apropiación*, el Espíritu Santo (porque, si bien es cierto que la comunicación de la vida de la gracia constituye la obra común de las tres divinas Personas, puesto que es una obra *ad extra*, no obstante se le atribuye de un modo especial al Espíritu Santo, porque es una obra de amor).

Ahora bien; la adorable Trinidad contribuye a nuestra santificación de dos modos: viene primeramente a *habitar* en nuestra alma, y además crea en ella un *organismo sobrenatural*, que la hace apta para producir actos deiformes. De este último punto ya nos hemos ocupado anteriormente. Réstanos ahora tratar del primero; y así veremos: cómo las tres divinas Personas habitan en nosotros, y cómo nosotros debemos portarnos con respecto a ellas.

1.º **CÓMO LAS DIVINAS PERSONAS HABITAN EN NOSOTROS.**—Según enseña Santo Tomás (1), Dios está naturalmente en las criaturas de tres maneras diferentes: por su *potencia*, en cuanto todas las cosas están sometidas a su poder; por su *presencia*, en cuanto que lo ve todo, hasta los más secretos pensamientos de nuestra alma; por su *esencia*, puesto que obra en todas las cosas, y en todos es la plenitud del sér y la causa primera de todo lo que realmente existe en las criaturas, comunicándoles sin cesar no solamente la vida y el movimiento sino el sér mismo, pues como dijo muy bien San Pablo, «en El vivimos, nos movemos y somos» (2).

Pero su presencia en nosotros por la *gracia* es de un orden muy superior y más íntimo. No se trata solamente de la presencia del Creador y del Conservador que sostiene los seres que ha creado; es la presencia de la Santísima Trinidad, tal como la fe nos la revela: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. ¡Qué maravillas se realizan en un alma en estado de gracia! Dicha presencia establece entre Dios y el hombre justo relaciones *muy íntimas* y *muy santifi-*

*cadoras*: por la gracia, Dios está presente en nosotros como *Padre*, como *Amigo*, como *Colaborador*, como *Santificador*, y así es verdaderamente el principio mismo de nuestra vida espiritual y su *causa eficiente y ejemplar*.

a) *En el orden de la naturaleza*, Dios está en nosotros como *Creador* y *soberano Señor*, y nosotros somos sus *siervos*, su *propiedad*, su *cosa*. Pero en el *orden de la gracia*, viene a nosotros como *nuestro Padre*, y nosotros somos sus *hijos adoptivos*; privilegio maravilloso, que es la base de nuestra vida sobrenatural.

San Pablo, escribiendo a los Romanos, dice: «No habéis recibido el espíritu de servidumbre para obrar todavía solamente por temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, en virtud del cual clamamos con toda confianza: *Abba*, esto es, ¡oh Padre mío! Y con razón; porque el mismo Espíritu de Dios está dando testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios» (3). Ya se ve, Dios nos adopta por hijos; y lo hace de un modo mucho más perfecto que cuando los hombres adoptan legalmente. Entre éstos, al hijo adoptado se le considera por los padres *como si fuese* su hijo. Pero muy distinta es la adopción divina; no es una ficción, es una *realidad*. Dios concede la filiación divina a los que tienen fe en Jesucristo, como lo dice el Evangelista San Juan: «A los que creen en su nombre, dióles poder de llegar a ser hijos de Dios» (4). Y esta filiación no es nominal, sino *efectiva*: «Nos llamamos hijos de Dios, y lo somos en efecto» (5). Y, siendo hijos de Dios, somos también herederos de un reino celestial, coherederos de Aquel que es nuestro hermano mayor, Jesucristo (6). ¡Cuánto gozo debe causarnos repetir aquellas palabras de San Juan: «Mirad qué tierno amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos en efecto!» (7). No lo dudemos, Dios tiene siempre para nosotros el amor y la ternura de un padre. Ese amor le lleva a darse enteramente, desde este mundo y de un modo habitual, a sus hijos adoptivos; habitando en su corazón, según lo dijo el mismo Jesucristo: «Si